

LA IGLESIA QUE JESUS QUERIA

Xavier Alegre

Preámbulo

Cuando vemos figuras como la de aquel Papa bueno que fue Juan XXIII o como las de Mons. Romero o Mons. Casaldáliga, nos sentimos orgullosos de pertenecer a esta Iglesia, a la que queremos porque en ella hemos encontrado a Jesús vivo. Vivo sobre todo en aquellos hombres y mujeres que, a veces de modo muy sencillo y oculto, se han dejado impactar por la figura de Jesús de Nazaret y han sido capaces de encarnar su proyecto en la propia vida, viviendo totalmente para los demás, para que tengan vida y la tengan en abundancia (cf. Jn 10,10). Y si leemos la poesía de Mons. Casaldáliga "Deja la curia, Pedro", sentimos que el aliento profético sigue vivo en la Iglesia y revive en nosotros la esperanza de que, como comunidad eclesial, tenemos aún algo importante que decirle al mundo en nombre de Jesús de Nazaret. Y eso en unos momentos en que el mundo parece carecer de utopías y tiene dificultades para vivir con esperanza.

Pero eso es sólo una cara de la moneda por lo que respecta a la realidad eclesial en que vivimos. La involución eclesial posconciliar, cada vez más patente en muchas de las actuaciones recientes, sobre todo a nivel de las

denominadas "altas esferas" de la Iglesia, lleva consigo la tentación del desaliento, sobre todo para muchas personas de buena voluntad que han intentado vivir su fe comprometidamente dentro de la Iglesia. Cada vez se oye con más frecuencia, sobre todo entre los jóvenes, el eslogan "Jesús sí, Iglesia no". Y los mayores no podemos menos de recordar aquella frase de **Loisy** "Jesús anunciaba el Reino de Dios y nació más bien la Iglesia" (1). ¿Cómo responder, desde nuestra identidad como creyentes, a esta objeción? En todo caso nos hemos de preguntar, para poder dar razón de nuestra esperanza (cf. 1 Pe 3,15) si nuestra Iglesia, tal como aparece hoy a creyentes y no creyentes, es, efectivamente, una Iglesia tal como Jesús la quería. Como comunidad cristiana, ¿somos fieles al Espíritu de Jesús de Nazaret?

Pero, ¿cómo podemos responder a esta pregunta? Si no queremos dejarnos dominar por prejuicios en la respuesta y aceptamos como dato de fe que la Sagrada Escritura está inspirada por Dios (cf. 2 Tm 3,16) y es la Palabra de Dios dirigida a nosotros, el N.T. quiere y puede ayudarnos, desde nuestras raíces cristianas más profundas, a ser constructoramente críticos con nuestras iglesias y con nuestra manera de ser Iglesia.

Con todo, antes de desarrollar el tema, hemos de tener presente una posible objeción. En nuestra época crítica, que sabe de la dificultad por llegar a lo que fue la realidad histórica de Jesús de Nazaret (2), ¿podemos llegar a saber si Jesús quería una Iglesia y, en caso de que respondamos positivamente a la pregunta, cómo era la Iglesia que Jesús quería? Aunque no puedo desarrollar este tema aquí, creo que la pluralidad de datos que nos proporciona el N.T., leído en la tradición cristiana, permite dar una respuesta positiva a esta pregunta (3). La pregunta, pues, que voy a intentar responder es en qué sentido quiso Jesús (o por lo menos puso los fundamentos que llevaron a) las Iglesias (grandes o pequeñas -también la católica-) actuales, unas Iglesias que consideran a Jesús como su fundador y que quieren ser fieles a su Espíritu.

El esquema clásico católico preconiliar

Todos conocemos el esquema clásico preconiliar, antes del desarrollo y aceptación de los métodos modernos de interpretación del N.T. en la Iglesia católica que se logró, fundamentalmente, gracias a la encíclica **Divino Afflante Spiritu** de Pío XII y a la Constitución conciliar **Dei Verbum** del Vaticano II. Rezaba así: el Jueves Santo, Jesús celebró su primera misa en el cenáculo con sus apóstoles. Así instituyó la Eucaristía y fundó el sacerdocio ministerial jerárquico que, pronto, se estructuró, tal como lo conocemos hoy en la Iglesia católica, según una estructura jerárquica vertical, que se transmite por imposición de las manos de los obispos que, en último término, recibieron esta potestad de los apóstoles y éstos de Jesús. Según esta concepción, la estructura vertical en Papa-Obispos-Presbíteros-Diáconos y pueblo fiel es una estructura intocable, porque ha sido querida así por Jesús (3a). En esta concepción se deduce también que las mujeres no pueden ser ordenadas sacerdotes basándose en el hecho de que Jesús sólo escogió a hombres entre los Doce. Las diaconisas que encontramos en la Iglesia primitiva no formarían parte del ministerio jerárquico, sino que tendrían sólo funciones asistenciales.

Pero esta concepción es, evidentemente, un anacronismo. No es que esa forma de pensar sea totalmente falsa. Pero es parcial e imprecisa y no interpreta adecuadamente los datos que nos proporciona el Nuevo Testamento. Pues según éste, Jesús no instituyó directamente al sacerdocio ministerial jerárquico (4), sino que escogió y envió a Doce discípulos para enviarlos a predicar el Reinado de Dios y para que fueran signo escatológico de la venida de este Reino con Jesús de Nazaret. El desarrollo posterior de las comunidades eclesiales es fruto -y eso de manera fundamental- del impulso inicial que dió Jesús, pero también de la interpretación que se hizo de él después de la Pascua. A la configuración concreta de las comunidades eclesiales contribuyó también -y no en pequeño grado-

el rechazo radical de la obra de Jesús por parte de Israel, así como la dinámica de grupo y las necesidades concretas que fueron surgiendo en las diversas comunidades cristianas, a medida que la misión fue desarrollándose en el cristianismo primitivo. Eso explica que tanto en los evangelios, como en el resto del N.T., no aparezca una sola estructura eclesial, sino diversas, con acentos distintos, según se fueron desarrollando en fidelidad al Espíritu del Resucitado. Por eso, junto a las comunidades judeocristianas de Palestina que pronto aparecen sólidamente estructuradas, encontramos las comunidades paulinas en las cuales "el momento creativo de las manifestaciones carismáticas (...) dejan un tanto en la sombra a la autoridad" (5). A la vez, a medida que fueron desapareciendo las grandes columnas de la comunidad y las comunidades crecieron, observamos un proceso de institucionalización de las comunidades paulinas, como podemos ver en las Cartas Pastorales, escritas después de la muerte de Pablo (6).

Por eso, antes de pasar a intentar desentrañar cómo sería la Iglesia que Jesús quería, analizando los datos que nos proporcionan los evangelios, es bueno que echemos una ojeada a la manera cómo el autor y el testimonio más antiguo del N.T. -me refiero a las cartas auténticas de Pablo (7)- muestra que fueron las primeras comunidades cristianas de las cuales tenemos testimonios escritos.

Las Iglesias de Pablo

Si algo aparece claramente en las Cartas de Pablo es su conciencia de ser verdadero apóstol y su derecho a crear y a configurar, en fidelidad al Evangelio, sus comunidades (cf. 1 Co 9,1-2; 15,1-11; Gál 1; Rm 1,1-7). Por eso llama la atención que cuando escribe a sus comunidades, dirija siempre sus cartas -si exceptuamos Flp 1,1, donde menciona a los "vigilantes" (**epískopoi**) (8) y "servidores" (**diákonoi**) de la comunidad (pero sin que aparezca clara cuál es su función ni vuelvan a aparecer en el resto de la carta)- a toda la comunidad. Si Pablo hubiese "dele-

gado" su autoridad apostólica en alguien, sorprende que éste/a o éstos/as no sean mencionados explícitamente en el prescripto de la carta. Y sorprende aun más cuando se constata que en el resto de las cartas, incluso cuando sería útil a Pablo poder disponer de alguien en la comunidad del que constara, claramente, que gozaba de una autoridad real que, en último término, le venía de Jesús, para poder resolver cuestiones delicadas que afectaban a la corrección fraterna, Pablo no recurre a esta posible autoridad, sino que sigue insistiendo en que es toda la comunidad la que es interpelada y debe resolver, comunitariamente, los problemas. ¿Implica este hecho el que las comunidades paulinas funcionaban sólo a nivel carismático e igualitario y no estaban estructuradas en lo más mínimo? Creo que dar un sí a esta pregunta sería simplista, pues en las cartas auténticas de Pablo encontramos ya indicios de una cierta estructuración de las comunidades. Pero, como vamos a ver, se trata más bien de estructuras que se fueron creando por dinámica de grupo, incluso cuando Pablo había dejado ya la comunidad respectiva, para responder a los retos que las nuevas situaciones iban planteando a las comunidades. Y, en todo caso, no encontramos una estructura unitaria que se imponga a todas las comunidades (9).

Empecemos con el escrito más antiguo del N.T., la primera carta a los Tesalonicenses. La carta va dirigida a toda la comunidad. Entre otras exhortaciones que van dirigidas a toda la comunidad en el cap. 5, sorprende que en 5,14 se confíe la corrección fraterna a toda la comunidad. De todos modos, en un texto se puede detectar cómo empiezan a desarrollarse los carismas de gobierno en la comunidad. Se trata de 5,12-13, donde leemos: "Hermanos, os pedimos que tengáis en consideración a los que trabajan entre vosotros, os presiden en el Señor y os amonestan. Tenedles en la mayor estima con amor en consideración a su trabajo". Aquí no se trata de un carisma ordenado al bien particular, sino a la animación de toda la comunidad. Pero es bueno que notemos cómo

les recomienda Pablo: **pide** (no manda, ni dice que hayan recibido de él la autoridad) que se les tenga en consideración por la labor que están desarrollando en beneficio de la comunidad en cuanto tal. Pero no queda claro en qué consiste exactamente esta labor.

Más interesante resulta aún lo que descubrimos en Corinto. También en 1 Co (y lo mismo vale para 2 Co) la(s) carta(s) va(n) dirigida(s) a toda la comunidad, sin hacer ninguna mención de autoridades "ordenadas" por Pablo. Esto sorprende aquí de modo particular, por cuanto las cartas reflejan una comunidad que no se caracteriza precisamente por el orden y que tiene serios problemas morales y doctrinales, así como problemas de convivencia. Una comunidad de este tipo parece que funcionaría mejor si estuviera bien estructurada jerárquicamente. Por esto llama la atención, en primer lugar, que incluso al propio Pablo, el Apóstol y fundador de la comunidad (cf. 1 Co 3,6-10; 9,2), no actúa autoritariamente ante los problemas de la comunidad, sino que procura convencerla siempre con argumentos que brotan de la propia fe compartida. Tampoco hace referencia a autoridades creadas por él para que éstas resuelvan y diriman los problemas de la comunidad. Más bien respeta las "autoridades" que parece que la propia comunidad se ha dado. Pues en 1 Co 16,15-16 leemos: "Os hago una recomendación, hermanos. Sabéis que la familia de Estéfanos son las primicias de Acaya y se han puesto al servicio de los santos. También vosotros mostraos sumisos a ellos y a todo aquel que con ellos trabaja y se afana". Vale la pena que notemos varias cosas en el texto. En primer lugar, Pablo no ordena sino "recomienda" que se muestren sumisos a los que desempeñan una función directora en la comunidad. En segundo lugar no parece que Pablo haya delegado en ellos alguna función, sino que han adquirido esa función por ser los primeros convertidos de Acaya y por haberse puesto al servicio de los demás cristianos. Lo que les distingue es su trabajo y su afán en el servicio de los demás. La carta no nos da ninguna indicación

sobre la manera cómo ellos ejercen esta función (y no se trata de un solo individuo, sino de una familia, la cual no excluye que las mujeres de esta familia desempeñaran también esa función eclesial de gobierno). En todo caso, Pablo no crea unas estructuras de gobierno, sino que parece respetar las que la comunidad se ha ido dando. Y eso en una comunidad en la cual él ha vivido mucho tiempo.

Lo que acabo de decir encuentra una clarificación interesante en el único texto de 1 Co en el cual se habla explícitamente del carisma de gobierno de la comunidad. Me refiero a 1 Co 12,28. El texto está situado en un fragmento en el cual Pablo habla de los carismas de la comunidad y de su relación entre ellos. Vale la pena citar todo el texto de 1 Co 12,27-30 para que veamos dónde sitúa Pablo el carisma de gobierno y cómo lo valora: "Ahora bien, vosotros sois el cuerpo de Cristo, y sus miembros cada uno por su parte. Y así los puso Dios en la Iglesia, primeramente como apóstoles; en segundo lugar como profetas; en tercer lugar como maestros; luego, los milagros; luego, el don de curación, de asistencia, de gobierno, de diversidad de lenguas. ¿Acaso todos son apóstoles? O ¿todos profetas? ¿Todos maestros? ¿Todos con poder de milagros? ¿Todos con carismas de curaciones? ¿Todos hablan lenguas? ¿Interpretan todos?". Leído con atención el texto resulta muy aleccionador. Por la manera como Pablo cita los carismas, se ve que los va citando según un orden jerárquico del mayor al menor, empezando con el apostolado y acabando con el don de lenguas (que por el contexto de la carta se puede ver que es, ciertamente, el que Pablo menos valora). Por eso llama la atención que Pablo sitúa en el penúltimo lugar el don de gobierno (y en la repetición de los vv. 29-30 ¡ni siquiera lo cita!), detrás, incluso, del don de curaciones y de asistencia. Parece claro, en este contexto, que el don de gobierno en Corinto no situaba a los que lo poseían por encima de la comunidad. Eso explicaría el que Pablo, ante los conflictos comunitarios, no se dirija específicamente a ellos, sino a toda la comunidad. A

la vez se puede ver que en la comunidad hay una pluralidad de funciones y que nadie tiene el derecho de querer tener en sí las de los demás. También vale la pena que concienciamos que Pablo cita en segundo lugar, inmediatamente detrás de los apóstoles, a los profetas. No consta que éstos, en determinadas comunidades, eran los encargados de presidir las eucaristías (lo específico de Pablo, según 1 Co 1,14-17, no era el administrar los sacramentos, sino el predicar el Evangelio). Según 1 Co 11,5 también las mujeres pueden profetizar (10). Lo cual nos obliga, una vez más, a ser cautos a la hora de querer afirmar, sin argumentos serios, como se ha venido haciendo hasta ahora, que en el cristianismo primitivo de cultura helenista las mujeres estaban excluidas de lo que después han venido a ser las funciones sacerdotales.

El que el funcionamiento de la comunidad de Corinto no esté muy marcado por un tipo de gobierno que se parezca a una estructura jerárquica explicaría también el que, a diferencia de lo que ocurrirá en una época posterior -me refiero a la de las Cartas Pastorales- en la presentación de la figura de Timoteo, que en las cartas a Timoteo y a Tito aparecen éstos como gozando de una cierta autoridad sobre las comunidades de una región (11), aquí, en 1 Co, Pablo no lo presenta a Timoteo como gozando de autoridad por encima de la comunidad. Pues en 16,10-11 lo recomienda así a la comunidad de Corinto: "Si llega Timoteo, procurad que esté sin temor entre vosotros, pues trabaja como yo en la obra del Señor. Que nadie le menosprecie. Procurad que vuelva en paz a mí, que le espero con los hermanos". Tampoco aquí aparece el más mínimo autoritarismo en Pablo. Y no porque le falte carácter, cuando cree conveniente utilizarlo...

También la carta a los Gálatas va dirigida a toda la comunidad y Pablo no acude en ella a ninguna autoridad delegada por él para poner orden en la comunidad y evitar el influjo de los falsos hermanos que se han introducido en la comunidad e intentan separarla del evangelio que Pablo les ha predicado. Es posible que éstos se apoyaran

en la autoridad de la comunidad madre de Jerusalén para socavar, con malas artes (por lo menos esto es lo que se puede deducir de 2 Co 10-13) la labor de Pablo. Es interesante ver cómo Pablo defiende en Gál su modo de enseñar el evangelio. Pues, además de defender la legitimidad de su apostolado, que le viene directamente de Cristo, sin mediación de los Doce (cf. Gál 1) y, por tanto, la validez de su enseñanza, dedica la mayor parte de su carta a argumentar por qué lo que él predica responde a lo que fue la enseñanza y la obra de Jesús.

A la vez es interesante notar también cómo las primeras comunidades intentan resolver los conflictos que surgen entre ellas. Los representantes de las comunidades heleno-cristianas -Pablo, Bernabé y Tito- suben a Jerusalén, donde se encuentra la Iglesia madre judeocristiana, con sus "columnas" Santiago, Cefas y Juan (Pablo los cita en este orden), para, en un diálogo fraterno -el denominado primer concilio de Jerusalén (12)- llegar a un acuerdo que, históricamente, respetó la libertad y novedad de las iglesias paulinas (cf. Gál 2, 1-11). Pero, como suele ocurrir, no parece que los conservadores de la época comprendieran bien y respetaran las decisiones del concilio. Sino que pronto aprovecharon la marcha de Pedro de Jerusalén para procurar imponer su interpretación deformadora del Concilio, hasta el punto de que el propio Pedro, que era un hombre conciliador y preocupado por mantener la unidad de la Iglesia, cediera a sus presiones en Antioquía. Eso obligó a Pablo a denunciarlo públicamente, delante de toda la comunidad (cf. Gál 2,11-21), para que no hiciera aguas ante los conservadores y se mantuviera fiel al Evangelio y a las decisiones del Concilio (13). Notemos también, de paso, que también en Gál se encarga a toda la comunidad, y no a un miembro concreto, dotado de autoridad, que se preocupe de la corrección fraterna de los miembros (cf. 6,1-4).

Nos queda sólo por mirar la carta a los Romanos. En ella tampoco aparece ninguna indicación sobre las posibles estructuras de gobierno de la comunidad y eso

que se habla de la autoridad civil (cfr. 13,1-7). También la carta va dirigida a toda la comunidad. Y Pablo se dirige a ella con mucha deferencia y en un tono nada autoritario (cf. 1,1-14). Pero el cap. 16, que probablemente formaba parte de la edición paulina de la carta (14), está lleno de saludos a personas, muchas de ellas mujeres, que desempeñan un servicio preclaro en la comunidad. Es interesante ver cómo recomienda a Febe que, según 16,1, es diaconisa de la Iglesia de Cencreas: "Recibidla en el Señor de una manera digna de los santos, y asistidla en cualquier cosa que necesite de vosotros, pues ella ha sido protectora de muchos, incluso de mí mismo" (16,2). Pero no indica en qué consistía su diaconado. Más sorprendente, en cambio, es lo que leemos en 16,7: "Saludad a Andrónico y Junia, mis parientes y compañeros de prisión, **ilustres entre los apóstoles**, que llegaron a Cristo antes que yo". Y digo que es sorprendente, porque Junia es una mujer (15). Y apóstol para Pablo y para el cristianismo primitivo es la "dignidad" y "autoridad" máxima en la comunidad. Por eso en los últimos siglos muchos se empeñaron, por prejuicio, en convertirla en hombre, pues les parecía imposible que una mujer pudiera haber llegado a ser Apóstol... Pero parece que hemos de reconocer que, por lo menos en las comunidades cristianas no judías, las mujeres pudieron desempeñar, muy poco después de la muerte de Jesús, las funciones máximas dentro de la comunidad.

El análisis de los datos que nos proporcionan las cartas paulinas auténticas sobre la manera cómo Pablo pensó que Jesús quería que se estructuraran las comunidades cristianas fundadas por él, resulta un poco sorprendente si se piensa en muchas de las estructuras actuales y confirman lo que decíamos al principio sobre la manera como hay que considerar la fundación de la Iglesia por parte de Jesús. Ello no quita que tengamos que tener también en cuenta -pues forman parte del N.T.- la evolución posterior que detectábamos en las cartas pastorales que parecen ir más en la línea de la manera concreta como las comuni-

dades judeocristianas (por lo menos algunas de ellas, incluida la de Jerusalén, según la concepción de Hch) fueron estructurándose. Pues es innegable que en el N.T. aparece un pluralismo en la manera como las primeras comunidades fueron configurándose (16). Por eso, para poder orientarse entre las diversas posibilidades y poder ver qué consecuencias pueda tener todo ello para nuestras comunidades hoy, es bueno que vayamos ahora a procurar exponer cuál era -cómo quería que fuese- la Iglesia que Jesús quería. Pues todos los escritos neotestamentarios parten del supuesto que todas las comunidades cristianas han de procurar ser fieles a lo que fue el proyecto original de Jesús de Nazaret y toman su vida y su palabra como criterio de discernimiento fundamental para ver cómo pueden y deben configurar su vida personal y comunitaria.

¿Qué Iglesia quería Jesús?

Como nota muy bien **Lohfink** lo primero que hay que decir, desde una lectura seria del N.T., es que Jesús, propiamente, no pretendió fundar una Iglesia, sino que su proyecto era **reunir** al pueblo de Dios (Israel) ante la inminencia del Reino que con El se hacía presente ya (cf. Mc 1,14-15; Lc 11,20) y convertirlo en el verdadero pueblo de Dios (17).

Cuando Jesús apareció predicando en Galilea, el pueblo de Dios ya existía. En ningún momento pensó Jesús en una ruptura con el pueblo de Israel y, mucho menos, con el A.T. Pues la continuación y cumplimiento del proyecto de Dios revelado en el A.T., es algo que Jesús llevaba muy metido en su corazón, por cuanto respondía a una de sus experiencias fundamentales de Dios como Padre: la **Fidelidad** de Dios a su pueblo -expresión de la fidelidad de Dios a toda la humanidad-, un pueblo ciertamente pecador, que el A.T. había expresado con el motivo de la Alianza. Pues romper con el pueblo de Dios, anunciado e iniciado en el A.T., hubiera sido cuestionar la fidelidad de Dios a sus promesas y, por tanto, poner también en

entredicho la fidelidad de Dios al pueblo del N.T. Por eso los cristianos que conocieron a Jesús y a sus inmediatos seguidores, tardaron tanto en concienciar su separación del judaísmo -según Hch 11,26 sólo en Antioquía empezaron a tener una denominación propia, la de "cristianos"- y sólo lo hicieron cuando fueron obligados por el judaísmo a separarse de él (la separación ya fue clara sobre todo después de la destrucción del Templo y de Yabnia en los años 70). Por eso, también, diversos escritos neotestamentarios reflejan el problema teológico que planteaba a la comunidad el hecho de la incredulidad de Israel después de la muerte y resurrección de Jesús (18).

Es en esta línea, más bien profética y no jerárquica, como hay que ver e interpretar la institución de los Doce por parte de Jesús (cf. Mic 3,13-19 y par) (19). En la espera mesiánica del pueblo de Israel se cree que la venida escatológica del tiempo de la salvación comportará la reunión de las Doce tribus de Israel para que constituyan la comunidad escatológica de salvación. Las duras experiencias del exilio y la opresión extranjera que el pueblo seguía experimentando en tiempo de Jesús le llevaban a esperar, con ayuda del profeta Ezequiel (cf. 34,11-16.23-31), al Buen Pastor (cf. Jn 10) que reunirá las ovejas dispersas y reconstituirá la casa de Israel. En este contexto de expectativa mesiánica, la institución de los Doce por parte de Jesús quiere ser -y así lo entenderían sus contemporáneos-, un gesto simbólico, una acción profética en la línea de las que habían realizado los grandes profetas como Jeremías o Ezequiel, que hacía referencia a los Doce Patriarcas de Israel. Así mostraba Jesús, de modo plástico, su pretensión de hacer presente el Reino de Dios reinstaurando las Doce tribus de Israel. Por eso tenían que ser hombres y judíos. Por eso, deducir de este hecho que sólo puedan ser hoy sacerdotes los hombres, además de ignorar el hecho de que Jesús no instituyó a los Doce como inicio del sacerdocio ministerial, muestra un desconocimiento sorprendente del significado de los textos bíblicos y de su lógica. Si Jesús quería que se pudiera

entender su signo profético en el mundo judío, no podía escoger ninguna mujer entre los Doce, como tampoco ningún pagano. Por eso basar en este hecho el que Jesús no quiso -para todos los tiempos- que las mujeres llegaran al sacerdocio ministerial resulta tan apriorístico y poco respetuoso del sentido de los textos, como si del hecho que sólo haya escogido judíos para formar parte del grupo de los Doce, habiendo en su entorno paganos, se dedujera que Jesús quiso que sólo los judíos tuvieran acceso al sacerdocio ministerial. Más bien forma parte de lo que podríamos denominar "la filosofía de Jesús de Nazaret" y de la dinámica de su actuación, el que jamás marginara a la mujer (incluso aceptó que le siguieran, en contra de la praxis rabínica: cf. Lc 6,1-3; Mc 15,40-41) y pusiera en marcha un movimiento que, con el tiempo, llevara a la liberación de la mujer como llevó a la liberación, también, de los esclavos. Por eso está más cerca del Espíritu de Jesús Pablo, cuando dice en Gál 3,28 que en Cristo "ya no hay judío ni griego; ni esclavo ni libre; ni hombre ni mujer, ya que todos vosotros sois uno en Cristo Jesús" y, por tanto, no puede haber diferencia de funciones en la comunidad por el sexo o el origen social y religioso, que los que, basándose en sus prejuicios socio-lógicos, quieren basar en Jesús la exclusión de la mujer del sacerdocio ministerial.

Es, por tanto, en la línea del signo profético donde hay que situar la institución de los Doce por parte de Jesús. Por ello las tareas que se les asignan en Mc 3,13-15 resultan un tanto difuminadas y, en todo caso, no parece que su función pueda considerarse, sin más, como una función directiva (20). Por ello es bueno notar aquí, como hace **Montagnini** (21) "que la mayor autoridad de la iglesia naciente no se desarrolla en el terreno del obrar concreto, sino más bien en la función de ser signo". Pero es probable, también, que cuando Jesús fue cayendo en la cuenta de su rechazo por parte de Israel y de que acabarían matándolo (en Mc aparece claramente a partir de 8,31, donde él empieza, de modo particular, a instruir a sus discípulos

en lo que se refiere a los valores cristianos fundamentales), preparara también a sus discípulos para que fueran capaces de continuar su obra y su proyecto después de su muerte, en fidelidad a lo que había sido su vida y su proyecto. En este sentido sí podemos decir, si tenemos presente que en el origen de la Iglesia tal como aparece ahora, hay una concepción dinámica de su formación y configuraciones concretas, que Jesús de Nazaret juega un papel fundamental y decisivo en el proceso que llevó a la Iglesia después de la Pascua.

El proyecto de Jesús de Nazaret

Hemos visto cómo lo que Jesús pretendió fue reconstituir el pueblo de Dios tal como estaba prometido por Dios en el A.T. Para ello -y esto es decisivo para entender cómo debe ser una Iglesia que responda a lo que Jesús quería- busca 1) un grupo de seguidores radicales de su estilo de vida y de su enseñanza, 2) que vivan en **comunidad**, 3) dentro de un mundo injusto, 4) los valores alternativos del **Reino de Dios**. Y todo ello lo realiza para que sean un signo eficaz, interpelador y atractivo a la vez, del amor gratuito y sin límites de Dios a los hombres. Un Dios que es Padre bueno, un Dios de vida que quiere que los hombres se liberen de toda opresión e injusticia, pues es un Dios que quiere un cielo nuevo y una tierra nueva, en el que no haya ya muerte ni llanto, ni gritos ni fatigas, porque Dios ha puesto su morada entre los hombres y ellos se han convertido, en verdad, en el pueblo de Dios (cf. Ap 21,1-4), un pueblo en el que todos vivamos como hermanos (cf. Hch 2, 44-45; 4,32-35).

Veamos, ahora, lo que Jesús quería poner en marcha:

1) *Un grupo de seguidores radicales de Jesús de Nazaret:*

Es esencial al proyecto de Jesús el invitar a

la gente a que le siga, con todo lo que esto comportaba. Por eso todos los evangelistas sitúan al inicio de la vida pública de Jesús su invitación a los primeros discípulos a que le sigan (cf. Mc 1,16-20; Mt 4,18-22; Lc 5,1-11). En Mc y Mt esta invitación al seguimiento es tan programática que enmarca toda la obra de Jesús, formando una inclusión con la obra de Jesús resucitado (cf. Mc 1, 16-20 con 16,7 y Mt 4,18-22 con 28,16-20; cf. también Jn 1,25-51 con 21,19-22). Y todo el evangelio no es sino el desarrollo del programa de Jesús que deben seguir sus discípulos, un programa que viene marcado por la vida histórica concreta de Jesús de Nazaret. Por eso en Mt, cuando el resucitado se aparece a sus discípulos en Galilea, les encomienda explícitamente: "Id, pues, y convertid en discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado" (28, 19-20a). Es bueno notar que esta aparición de Jesús en la montaña forma inclusión -y por tanto hace referencia a- con el sermón de la montaña, que es para Mt como la quintaesencia del programa de Jesús y lo que da identidad al cristiano (cf. Mt 5-7).

Pero el sermón de la montaña contiene un programa muy radical, como se puede ver por lo que se dice del cumplimiento de la Ley en 5,17-18, pues llega hasta pedir el amor a los enemigos para ser perfectos como el Padre celestial es perfecto (cf. 5,43-48). Y la radicalidad es, ciertamente, una característica del seguimiento de Jesús, tanto para los que deciden dejarlo todo para seguir a Jesús -los encontramos más tarde entre los carismáticos ambulantes que conservaron las palabras más radicales de Jesús (22)- como para los que quieren seguirle quedándose en sus casas y pueblos. La radicalidad del primer grupo queda reflejada, entre otros textos, en Lc 9, 57-61 ("mientras iban caminando, uno le dijo: Te seguiré adondequiera que vayas. Jesús le dijo: Las zorras tienen guaridas, y las aves del cielo nido; pero el Hijo del hombre no tiene donde reclinar la cabeza. A otro dijo: Sígueme.

El respondió: Déjame ir primero a enterrar a mi padre. Le respondió: Deja que los muertos entierren a sus muertos; tú vete a anunciar el Reino de Dios. También otro le dijo: Te seguiré, Señor; pero déjame antes despedirme de los de mi casa. Le dijo Jesús: Nadie que pone la mano en el arado y mira hacia atrás es apto para el Reino de Dios") y Mc 10,21 ("Jesús fijando en él su mirada, le amó y le dijo: Una cosa te falta: anda, cuanto tienes véndelo y dáselo a los pobres y tendrás un tesoro en el cielo; luego, ven y sígueme"). Pero también los que se quedan en casa son invitados a un seguimiento radical, pues es en este contexto -y no en el del derecho canónico posterior- donde hay que situar indicaciones tan radicales como la indisolubilidad del matrimonio (Mc 10,1-11) (23) o el peligro grave de las riquezas (Mc 10,23-27). Y, en todo caso, todos son invitados a seguir a Jesús en un camino que, en un mundo injusto, como es el nuestro, lleva a la cruz: "Llamando a la gente a la vez que a sus discípulos, les dijo: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame. Porque quien quiera salvar su vida, la perderá; pero quien pierda su vida por mí y por el Evangelio, la salvará" (Mc 8,34-35).

2) *Que vivan a nivel de comunidad:*

No hay nada tan contrapuesto al proyecto de Jesús de Nazaret como el individualismo egoísta que queda tipificado por las palabras de Caín en Gn 4,9 "¿acaso soy yo el guarda de mi hermano?". Jesús da a entender en su predicación que el mal que corroe el mundo no se da sólo a nivel individual, sino también -y de modo especial- en las fuerzas demoníacas que dominan el mundo, que hoy podríamos identificar, al menos en parte, con lo que llamamos estructuras. Por ello la alternativa cristiana no puede darse sólo a nivel individual, sino que exige también un marco comunitario. Signos de que

el proyecto de Jesús apunta al testimonio comunitario los encontramos en varios relatos evangélicos.

En primer lugar vemos que muchas de las vocaciones de los discípulos se realizan de dos en dos (cf. Mc 1,16-20 y Lc 5,1-11) y por testimonio directo de unos a otros (cf. Jn 1,35-51).

En segundo lugar nos encontramos con que Jesús pone el signo fundamental y profético de la elección de los Doce (cf. Mc 3,13-19) que apunta a la reconstitución, como vimos, del pueblo de Israel y no a una estructuración jerárquica de la comunidad (cosa bastante obvia, por lo demás, si uno es capaz de escuchar, sin prejuicios, textos tan significativos como Mc 9,33-40 y 10,35-45). Sobre todo, el cuarto evangelio es muy iluminador en esta cuestión y muy fiel a lo que parece que fue el proyecto de Jesús de Nazaret (24). Para él, que no niega la función de pastor que pueda tener Pedro en la comunidad, si de verdad ama más a Jesús que los demás (cf. 21,15-17; cf. también 20,3-10), la comunidad queda constituida por tres aspectos fundamentales: a) por el servicio de Jesús, que sus seguidores han de imitar, que se humilla hasta lavar los pies a sus discípulos como signo del servicio radical de Jesús que le llevará a dar su vida por los suyos (cf. Jn 13,1-20); b) por el amor sin límites de Jesús ("nadie tiene mayor amor que el que da la vida por sus amigos" 15,12) y que es signo palpable del amor de Dios al mundo (cf. 3,16); y c) por el cumplimiento del testamento de Jesús, el cual, sabiendo que había llegado la hora de pasar de este mundo al Padre (cf. 13,1) nos encargó, a través de sus discípulos, que nos amemos unos a otros como El nos ha amado (cf. 13,1). También en Jn constatamos, como en Pablo, que hay aún conciencia de la diversidad de carismas y funciones en la comunidad. Pues si bien es verdad que se afirma que se ha encomendado a Pedro el pastorear el rebaño, a la vez se afirma también -y si cabe, con mayor firmeza- que, sin embargo, es el discípulo amado aquel que "ve" más, incluso más que Pedro (cf. 20,7-9 y 21,7).

En tercer lugar vemos cómo el don del Espíritu Santo, que es el iniciador y creador de la comunidad cristiana, se recibe fundamentalmente en comunidad (cf. Jn 20,23 y Hch 2). Y es especialmente iluminador que nos fijemos en la manera como Lucas cuenta los efectos de la recepción del Espíritu por parte de la comunidad, mostrando que así se cumple una profecía de Joel (3,1-15), pues en este texto se refleja algo que ya conocemos por otros textos paulinos: que el Espíritu lo reciben todos, sin distinción, y sin que se hagan diferencias, por el sexo, en los dones que reciben sus miembros (signo de que la comunidad ha sido recreada sin estructuras de dominación). Pues en Hch 2,17-21 leemos: "Sucederá en los últimos días, dice el Señor (25), derramaré mi Espíritu sobre toda carne, y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas; vuestros jóvenes verán visiones y vuestros ancianos soñarán sueños. Y yo sobre mis siervos y sobre mis siervas derramaré mi Espíritu... Y todo el que invoque el nombre del Señor se salvará" (2,17-18.21). Es el Espíritu que, como recuerda Jn (cf. 16,13-15 y 15,26), no enseñará nada nuevo que no haya enseñado ya Jesús, sino que nos recordará (llevándonos a la profundidad de su verdad: cf. 16,13) el proyecto de Jesús (en este sentido es su "memoria peligrosa" por cuanto capacita para vivir con la radicalidad que El vivió y que le llevó a la muerte). Es el Espíritu que da fuerza al ser humano para continuar el **Proyecto** de Jesús, en palabras y obras, liberando al individuo y a la comunidad para la construcción de una sociedad nueva, simbolizada ya por los exorcismos de Jesús en los sinópticos.

3) *Dentro de un mundo injusto:*

La conciencia de vivir en un mundo marcado por la injusticia y, por tanto, necesitado de conversión (cf. Mc 1,15), la tuvo Jesús desde el comienzo de su actuación. Consta históricamente que Jesús fue bautizado por Juan Bautista (cf. Mc 1,9-11). Incluso es probable que un tiempo fuera discípulo suyo. En todo caso Jesús tuvo en gran estima a Juan al que denominó "el más grande

entre los nacidos de mujer" (cf. Mt 11,11; Lc 7,28). También parece cierto que la actividad de Jesús empezó precisamente cuando Juan fue encerrado por Herodes en la cárcel. Mc considera este hecho como algo decisivo para el inicio de la actuación pública de Jesús, pues describe así el inicio del ministerio de Jesús en Galilea: "Después que Juan fue entregado, marchó Jesús a Galilea; y proclama la Buena Nueva de Dios: El tiempo se ha cumplido y el Reino de Dios está cerca; convertíos y creed en la Buena Nueva" (1,14-15). El verbo "entregar" alude claramente a la muerte de Juan (cf. Mc. 6,17-29) que preanuncia la muerte de Jesús. Cuando uno ha conocido en El Salvador cómo el asesinato de su amigo Rutilio Grande fue el detonante que acabó de abrir los ojos a Mons. Romero y lo llevó a dar un paso decisivo en su actuación pastoral -un paso que lo llevó a la muerte, asesinado, como Jesús-, no anunciando sólo el Reino de Dios, sino denunciando también la injusticia que se oponía a dicho Reino, no puede no pensar que, probablemente, el prendimiento de Juan y su ulterior ajusticiamiento debió impactar notablemente a Jesús y le empujó a tomar su relevo, pero denunciando ahora la injusticia con una claridad -llamando por su nombre a lo que realmente impedía que el Reino, que en El se había acercado, pudiera ser realidad- mayor que la de Juan, y ello, no sólo en el desierto, lejos de la capital, sino en medio de la gente e, incluso, en la capital. En estas circunstancias se comprende, pues, que el proyecto de Jesús no tenía nada de ingenuo, espiritualista o alienante.

Jesús, pues, pudo prever desde el inicio -y así por lo menos lo interpreta Mc- que su predicación radical, denunciando la injusticia, podía llevarle a la muerte. En todo caso, a medida que fue avanzando en su actuación, la posibilidad y probabilidad de que lo asesinaran fue siendo para él más clara, viendo las reacciones que provocaba por parte de los detentadores del poder político, social, económico y religioso de su pueblo (26). Por eso en un momento determinado de su vida empezó a hablar claramen-

te de que por su fidelidad al proyecto de Dios tendría que morir a manos de sus adversarios: "Y comenzó a enseñarles que el Hijo del hombre debía sufrir mucho y ser reprobado por los ancianos, los sumos sacerdotes y los escribas, ser matado y resucitar a los tres días" (Mc 8, 31; cf. 9,31; 10,32-34).

Si Jesús previó que su actuación y proyecto le llevarían a la muerte, tanto a él, como a los que, después de él, lo siguieran (cf. Mc 8,34), es bueno que, antes de exponer el tipo de comunidad que Jesús quería, nos detengamos un momento para ver por qué Jesús "tuvo" que morir. Buscaremos la respuesta con ayuda de Mc, sobre todo, pues refleja con mucha claridad lo que fue el conflicto real de Jesús.

Para Mc es claro que lo que llevó a Jesús a la muerte fue el mensaje profundamente liberador de que con él se hacía presente el Reinado de Dios en la tierra (cf. Lc 11,20 con Mc 1,14-15 y los exorcismos que narra Mc), con toda la carga liberadora y de esperanza que este motivo tenía para Jesús y sus oyentes, sobre todo los pobres y oprimidos (Lucas lo recoge muy bien, cuando, programáticamente, presenta así la primera actuación de Jesús: "Le entregaron el volumen del profeta Isaías y desenrollando el volumen, halló el pasaje donde estaba escrito: El Espíritu del Señor sobre mí, porque me ha ungido para anunciar a los pobres la Buena Nueva, me ha enviado a proclamar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, para dar la libertad a los oprimidos y proclamar un año de gracia del Señor. Enrollando el volumen lo devolvió al ministro, y se sentó. En la Sinagoga todos los ojos estaban fijos en él. Comenzó, pues, a decirles: Esta Escritura, que acabáis de oír, se ha cumplido hoy", Lc 4,17-21; cf. Mt 11,2-5). Sobre todo porque este anuncio del Reinado de Dios ponía el bien del hombre por encima de todo, incluso de las leyes religiosas más sagradas (cf. Mc 2,27) y como norma y criterio último de discernimiento de la voluntad de Dios. Esto lo muestra Mc claramente en la última perícopa (3,1-6) con que concluye el primer

bloque de controversias entre Jesús y sus adversarios, que nos cuenta Mc en su evangelio (cf. 2,1-3.6). El relato cuenta cómo, en un sábado, Jesús se encuentra en una sinagoga con un hombre que tiene la mano seca. Los adversarios están al acecho para ver si Jesús lo curará en sábado, contraviniendo así la Ley sagrada que prohíbe curar en sábado (¡y tanto más cuanto tener una mano seca no pone en peligro la vida del hombre y podría ser curado perfectamente al día siguiente!). Pero Jesús no está de acuerdo con esta manera "religiosa" de interpretar la voluntad de Dios. Por eso plantea a sus adversarios (a los que mirará con ira por la dureza de su corazón: cfr. 3,5) la pregunta que para él es la fundamental: "¿Es lícito en sábado hacer el bien en vez del mal, salvar una vida en vez de destruirla?" (3,4). Los adversarios se sienten molestos por esta lógica y callan para no comprometerse. Pero Jesús, para que quede claro que el bien del hombre es la expresión máxima de la voluntad de Dios que pasa, incluso, por encima de la Ley que obliga a guardar el sábado, cura, provocadoramente, al hombre que tiene la mano seca. Y la reacción de los adversarios no se hace esperar. En 3,6 nos dice Mc que los representantes del poder político (los partidarios de Herodes, molestos con una religión no alienante que pone el bien del hombre, empezando, claro está, por aquel cuya vida está más amenazada) y los de la religiosidad popular (los fariseos, que lo hacían todo para el pueblo, pero sin el pueblo) deciden matarlo por este motivo: "En cuanto salieron, los fariseos se confabularon con los herodianos contra él para ver cómo eliminarle").

Pero hay también otro motivo que llevó a Jesús a la muerte. Me refiero a su denuncia de la falsedad y el egoísmo inherentes al culto y al templo (y a sus especialistas). Y lo denuncia porque, como expresa muy bien Mc en el episodio de la purificación del Templo (cf. 11,15-18), muy bien enmarcado por Mc con el episodio de la higuera que no tiene fruto y es maldecida, en una acción simbólico-profética, por Jesús y se seca (signo

de que el Templo, por no dar fruto, también se secará), porque ha dejado de ser casa de oración para convertirse en cueva de ladrones (cfr. 11,17 con 11,12-14 y 11,20-21). Por eso los sumos sacerdotes y los profesores de Biblia (los escribas) deciden matarle, pues caen en la cuenta de que Jesús les está desmontando todo su tinglado religioso. Y todos ellos se aliarán con los ancianos (el sanedrín) cuando, al pedirle cuentas por lo que acaba de hacer (cf. 11,27-28), Jesús, no sólo no pedirá excusas o dará explicaciones, sino que seguirá en su denuncia contando una parábola (la de los viñadores perversos, 12,1-12) en la que aparecerá bien clara que los equipara a la generación perversa de Israel que ha maltratado y asesinado a todos los profetas que, en nombre de Dios, han intentado ser su conciencia y han denunciado la injusticia (cfr. la decisión de matarlo en 12,12 porque han comprendido que Jesús lo decía por ellos). Por eso los escribas se oponen radicalmente y lo difaman (cf. Mc 3,22-30), diciendo que está endemoniado, pues al acabar con las leyes de la pureza (cf. Mc 7,19) y recuperar lo que es el corazón mismo de la Ley, el amor a Dios y al prójimo (cf. Mc 12,28-33), sintetizándole en una norma tan clara y accesible a todo el mundo, como es la denominada regla de oro ("Por tanto, todo cuanto queráis que os hagan los hombres, hacédselo también vosotros a ellos; porque ésta es la Ley y los Profetas", Mt 7,12), desenmascara la falsedad de su interpretación de la Ley y pone en cuestión sus privilegios, llegando a decir que devoran la hacienda de las viudas con la excusa de largas oraciones (cf. Mc 12,38-40).

Finalmente, también los ricos se sentirían molestos por las críticas de Jesús (cf. Lc 6,24-26), que llama la atención sobre los peligros de la riqueza (cf. Mc 4,19), y llega a decir que "es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja, que el que un rico entre en el reino de los cielos" (Mc 10,25).

Todo ello explica que los poderosos pudieran manipular fácilmente al pueblo para que pidiera la muerte de Jesús (cf. Mc 15,6-15), tanto más cuanto las amenazas

proféticas de Jesús contra Israel por su falta de fe y de praxis auténtica, anunciando que el pueblo perdería sus privilegios y, lo que aún es peor, que éstos pasarían a los paganos (cf. Mt 8,11-12; 11,21-22; 12,41-42). facilitaba el que se pudiera predisponer fácilmente al pueblo contra Jesús.

Teniendo, pues, presente, por qué Jesús tuvo que morir, veamos ahora cuál pudo ser el tipo de comunidad que Jesús soñó para que continuara su obra, después de su muerte, una obra que tiene que estar en consonancia con lo que fue el proyecto de Jesús y que le llevó a la muerte y a la resurrección.

4) Viven los valores alternativos del Reino:

Lo que Jesús pide de su comunidad -y, por tanto, de toda Iglesia- no es que, simplemente, viva unos valores éticos o cumpla, por obligación, unas leyes, por muy divinas que sean éstas. Lo específico de una comunidad cristiana, tal como la quería Jesús, es que su estilo de vida brota de un don gratuito de Dios y es una llamada a la libertad (27), lo que bíblicamente denominamos una "vocación". Jesús quiere que los miembros de su comunidad sean sal de la tierra y luz del mundo (cf. Mt 5,13-16), una comunidad que, dentro del mundo y sin querer hacer una sociedad paralela, que la convertiría en secta, viva, a nivel individual y comunitario, los valores alternativos del Reino de Dios, que quedan programáticamente condensados en el Sermón de la montaña (cf. Mt 5-7). Como muy bien formula **Lohfink** (28) "Dios se busca, de entre todas las naciones del mundo, un pueblo único, con la intención de hacer de este pueblo un signo visible de la salvación. Por consiguiente, según la teología bíblica, Dios sigue un camino sorprendente para implantar su soberanía escatológica que, en principio, tiene que abarcar a todo el mundo: comienza de una forma muy humilde: en una familia (bíblicamente: con Abraham), con un clan, con un grupo, con un pequeño pueblo. Gracias a esa pedagogía divina, soberanía de Dios no significa violencia sobre el mundo, sino llamada

a la libertad; un llamamiento, incluso una seducción a seguir el ejemplo de aquellos que fueron llamados en primer lugar".

Teniendo, pues, presente, que las comunidades cristianas están llamadas, no a cumplir unas normas, sino a ser **testimonio** de lo que han experimentado y palpado de la Palabra de vida, que es Jesús de Nazaret (cf. 1 Jn 1, 1-4), es decir, no de una teoría, sino de una **vida**, pues Jesús vivió lo que enseñó, veamos ahora cuáles son esos valores alternativos que Jesús quería que fuesen el distintivo de las comunidades que prolongaran su obra en el mundo y qué es lo que significan para nosotros y para nuestras Iglesias.

La gratuidad:

El primer y fundamental valor y, por tanto, aquello que debería caracterizar a toda Iglesia que quiera preciar-se de cristiana, es la gratuidad. Pues los valores cristianos brotan, ante todo, de la experiencia impactante del amor gratuito del Padre, de un Dios que en Jesús de Nazaret se nos ha mostrado en toda su grandeza como **Abba** (29), como papá amoroso, que acoge con todo cariño a los pecadores y marginados (cf. Lc 15) y que amó tanto al mundo que hasta entregó a su Hijo único (cf. Jn 3,16). Pablo supo expresar muy bien esta experiencia fundamental cristiana, al formular en Rm 5,6-8: "En efecto, cuando todavía estábamos sin fuerzas, en el tiempo señalado, Cristo murió por los impíos; -en verdad, apenas habrá quien muera por un justo; por un hombre de bien tal vez se atrevería uno a morir-; mas la prueba de que Dios nos ama es que Cristo, siendo nosotros todavía pecadores, murió por nosotros".

Esa experiencia, evidentemente, acaba con las imágenes de Dios que inspiran miedo. Pero, además, tiene una consecuencia importante para el funcionamiento de toda Iglesia cristiana. Pues si la vida cristiana brota, esencialmente, de la experiencia de la gratuidad, ello

implica que para la Iglesia el egoísmo no puede ser ya el motor de la sociedad y, mucho menos, de la Iglesia. Ya Jesús había inculcado a sus discípulos "gratis lo recibisteis, dadlo gratis" (Mt 10,8). Pero es también Pablo, como seguidor de Jesús que fue, el que puede ayudarnos a comprender mejor lo que esto significa. Pues en Rm 5, 12-21 formula muy bien algo que ha llevado a **P. Ricoeur** a descubrir en dicho texto, con razón, lo que él considera que es como el corazón mismo de la lógica de Dios -y, por tanto, también la de Jesús- y que él denomina la lógica de la abundancia (de la gratuidad) como contrapuesta a la lógica de la equivalencia, que es la que suele dominar las relaciones entre las personas y los países en nuestro mundo (30). La intuición fundamental de Pablo se encuentra condensada en el v. 20, donde observa que donde abundó el pecado, Dios no respondió, como sería de esperar en una lógica mundana, haciendo que abundara también el castigo, sino haciendo que abundara, aún más, sobreabundara la gracia. En eso Pablo es muy fiel a una enseñanza fundamental de Jesús que él expresó en parábolas tan impactantes como la del siervo sin entrañas (Mt 18,23-35) o la de los obreros de la viña (Mt 20,1-16). Si esto es así, señala **Ricoeur**, lo específico de un/a cristiano/a y de una Iglesia debería ser, si quiere ser luz del mundo, que en sus relaciones con los demás no se rigiera por la lógica de la equivalencia, sino por la lógica de la gratuidad y generosidad. Pues la lógica de la equivalencia tiende a dar al otro algo semejante, equivalente -en el mejor de los casos, pues el que tiene más está, normalmente, en situación de poner las condiciones del intercambio y, a menudo, da algo inferior a cambio de lo que recibe a lo que ha recibido. Pero esta lógica ha llevado de hecho, a nuestro mundo egoísta, a que los pobres, tanto a nivel individual, como a nivel de las relaciones entre las naciones, sean cada vez más pobres y los ricos cada vez más ricos (piénsese por ejemplo en las relaciones entre los países industrializados y el primer mundo y los países pobres del Tercer Mundo). Y es una injusticia que clama al cielo y avergüenza a las Iglesias cristianas

y a los cristianos ricos, que, mientras unos nadan en la abundancia, hasta el despilfarro (y se denominan cristianos/as), otros están en la absoluta miseria y mueren de hambre, enfermedades y guerra. Con la lógica de la equivalencia no se va a poder salir de este círculo vicioso y esta espiral de miseria que ha puesto en marcha al egoísmo humano, en contra de los planes iniciales del Dios creador y de vida, que Israel tuvo ocasión de palpar en la experiencia liberadora del Exodo. Por eso el cristiano es invitado y llamado por Jesús a vivir y a encarnar, tanto a nivel personal como de estructuras, empezando por las de la propia comunidad, la lógica de la generosidad y de la gratuidad que Jesús dejó plasmada con su vida y con su proyecto del Reino.

No vivir esa lógica de la generosidad como pueblo de Dios y, por tanto, también a nivel de Iglesia, significa olvidar el origen y la finalidad de la elección por parte de Dios, primero de Israel y, después, de las Iglesias cristianas. Pues la elección de Dios no depende de méritos o cualidades propias (cf. Dt 7,6-8; 1 Co 1,26-31), sino del amor gratuito de Dios, que no nos ha escogido para salvarnos a nosotros, sino para que seamos signo revelador en el mundo de cómo es El y de la manera cómo El quiere salvar a todos los seres humanos (31). Por tanto, si en nuestra manera de creer y de vivir dejamos de ser signo patente de amor gratuito de Dios porque no vivimos para los demás, generosa y gratuitamente (ya la Alianza del A.T. quería plasmar la respuesta del pueblo, sobre todo en las relaciones con El, al amor gratuito y liberador de Dios), tanto a nivel individual como a nivel de pueblo de Dios, no cumplimos la finalidad para la que Dios nos eligió y nos exponemos a perder la elección, como le ocurrió al pueblo de Israel en tiempo de Jesús. Pues ya no podemos ser un buen instrumento en manos de Dios para la salvación de todos los pueblos. Más bien nos convertimos en antisignos del proyecto de Jesús. Esto lo comprendió muy bien Pablo y supo explicarlo profundamente en Rm 9-11, cuando se planteó el problema de

por qué Israel no había creído en Jesús y si Dios lo había rechazado definitivamente como pueblo (32). La clave fundamental de lectura, tanto de lo que narra el A.T., como del hecho que los judíos se hayan cerrado al Mesías y, por este motivo, los paganos hayan entrado a formar parte del pueblo de Dios, es que Dios es esencialmente el "Dios de la gracia" y como tal quiere revelarse. Por eso, cuando los judíos, con su orgullo, no reconocen la gratuidad de su elección, sino que creen merecerla con sus obras, y dejan de ser, por tanto, signo para el mundo de la gratuidad del amor de Dios, éste permite que tropiecen, pierdan su derecho que el Dios fiel les había regalado con su gracia y entran, entonces, a formar parte del pueblo de Dios los paganos a los cuales nada se les había prometido y son, ahora, signo de la gratuidad del amor de Dios. "Pues -como leemos en Rm 11,32- Dios encerró a todos los hombres en la rebeldía para usar con todos ellos de misericordia".

Poner el bien del ser humano por encima de todo:

Si Jesús, como vimos, tuvo que morir por este motivo, la Iglesia de Jesús, si quiere ser fiel a su proyecto, ha de caracterizarse porque se toma en serio este principio como criterio de discernimiento fundamental de toda su praxis. Y es importante que lo tengamos siempre bien presente. Pues hay un tipo de religiosidad engañosa, que bajo la apariencia de piedad profunda y de respeto máximo por la grandeza y santidad de Dios, pospone -o, por lo menos, no toma radicalmente en serio- el bien del hombre, con la excusa de que hay deberes religiosos prioritarios. Contra ese tipo de falsa religiosidad tuvo que enfrentarse Jesús y es ella, en buena medida, la responsable de su muerte. Lo vimos a propósito de la curación del hombre de la mano seca en sábado (cf. Mc 3,1-6), un hecho que también en Jn 5 y 9 desempeña un papel importante en la oposición que Jesús encuentra por parte de los judíos. No es que Jesús hubiera venido a abolir

la ley y los profetas, sino que lo que él hace es llevarla a su pleno cumplimiento (cf. Mt 5,17-20), pues recupera lo que fue la experiencia fundamental del Exodo, que los profetas siempre defiendieron frente a un culto que pronto se deformó y alienó a la gente (cf. Is 1,11-17; Am 5, 21-24; Mi 6,1-8): que la máxima voluntad y gloria de Dios es que el hombre viva, como formuló S. Ireneo. Pues, como indica muy bien 1 Jn, que comprendió muy bien el proyecto de Jesús, "quien no ama a su hermano, a quien ve, no puede amar a Dios, a quien no ve" (4,20b). Por eso, para desenmascarar la falsa religión -¡de todos los tiempos!- que se excusaba en las leyes religiosas para no ver la miseria y marginación que les rodeaba y tener que luchar contra ella, transgrede conscientemente normas tan sagradas y significativas de la identidad de Israel, como el sábado (llega a decir "el sábado está hecho para el hombre y no el hombre para el sábado", Mc 2,27) o las de la pureza (toca un leproso: Mc 1,41; se deja tocar por una mujer que sufre pérdidas de sangre: Mc 5,25-34; declara puros todos los alimentos: Mc 7,18-23) y critica que, con la excusa de la tradición religiosa, se olvidan del verdadero precepto de Dios (cf. Mc 7,1-13). Con ello restablece Jesús una auténtica jerarquía de valores poniendo la regla de oro (cf. Mt 7,12) como expresión y quintaesencia de lo que la Ley y los profetas exigen del hombre. Y para evitar que, con la excusa del amor a Dios, se olvide uno del amor al hombre, cuando le preguntan por cuál es el primer mandamiento, no responde sólo con el "amarás a Dios sobre todas las cosas", sino que añade inmediatamente a continuación "y al prójimo como a ti mismo" (cf. Lc 10,25-28; Mc 12,28-31; Mt 23,34-40). Pablo, que vivió en una época muy cercana a Jesús, tiene esto aún muy presente cuando escribe a los Gálatas: "Pues toda la ley alcanza su plenitud en este solo precepto: Amarás a tu prójimo como a ti mismo" (5,14; cf. Rm 13, 8-10).

Por eso lo específico de Jesús -y por tanto debería serlo también para su Iglesia- lo puede resumir Lucas

en Hch diciendo "pasó por el mundo haciendo el bien y curando" (10,38). Y es bueno que notemos que los milagros no fueron una actividad secundaria de Jesús, sino que juegan un papel importante en la manifestación de su proyecto (cf. sobre todo Mc). Pues muestran que la liberación que Jesús ha venido a traer al mundo -el Reinado de Dios- no puede ser entendido espiritualísticamente como refiriéndose sólo a la "otra vida", sino que son el cumplimiento de la "vida otra" -la que aquí en la tierra merezca verdaderamente el nombre de "vida"- que había anunciado el A.T., sobre todo en los profetas, y que Mt expresa muy bien en 11,2-5: "Juan, que en la cárcel había oído hablar de las obras de Cristo, envió a sus discípulos a decirle: ¿Eres tú el que ha de venir, o debemos esperar a otro? Jesús les respondió: Id y contad a Juan lo que oís y véis: los ciegos ven y los cojos andan, los leprosos quedan limpios y los sordos oyen, los muertos resucitan y se anuncia a los pobres la Buena Nueva; ¡y dichoso aquel que no halla escándalo en mí!". Jesús quiere que todo ser humano goce ya de una vida plenamente humana aquí en la tierra, para que a sus seguidores les quede bien claro -y, por tanto, a su Iglesia- que sólo el que trabaja, en un mundo injusto, para que sea posible una "vida otra" que la que imponen los poderes opresores y causantes de muerte en este mundo, aunque sean perseguidos por ello (cf. Mt 5,3-10), tiene la garantía de la "otra vida" (cf. Mt 25,31-46).

En este sentido, los milagros de Jesús son lo más opuesto a una concepción mágica de su actuación, que él tiene mucho interés en corregir (cf. Mc 5,25-34 y 6,5). Por eso Jesús tiene tanto interés en que el enfermo descubra que es **su fe**, potenciada por el encuentro con Jesús, la que le abre posibilidades nuevas en la vida y en la sociedad: "vete, tu fe te ha salvado" (Mc 10,52; cf. 5,34; 2,11...). A la vez, no se trata sólo de acciones en los individuos, sino que tienen una dimensión social. Pues como nota muy bien **Lohfink** (33): "Algunas enfermedades sólo pueden desaparecer cuando sana el entorno

del enfermo. La enfermedad del individuo es siempre la herida de una sociedad enferma. Esta conexión entre enfermedad y entorno se manifiesta de manera especial en los fenómenos de la posesión, que son, en primer lugar, objetivaciones psicosomáticas de las coacciones y violaciones de los derechos humanos en una sociedad enferma. Cuando el Reino de Dios se hace presente, no se limita a sanar la corporalidad del hombre hasta sus niveles más profundos. Tiene que curar, además, hasta la dimensión más profunda de lo social. Tiene que liberar para una sociedad nueva".

Este segundo aspecto, que es esencial al tipo de comunidad que Jesús quería para continuar su proyecto, comporta también lo que Medellín y Puebla, con gran fidelidad al Espíritu de Jesús, denominaron la **opción preferencial por los pobres**. Pues es en éstos donde la vida está al máximo amenazada. Por esto, según el testimonio de los Evangelios (cf. Mt 11,5/Lc 7,22;4,18;6,20/Mt 5,3) (34), los pobres son los destinatarios prioritarios de la Buena Noticia de Jesús y de toda Iglesia que se quiere fiel al Espíritu y proyecto de Jesús. En este sentido se puede decir que la Iglesia que responda a lo que Jesús quería ha de ser una Iglesia que está al lado y del lado de los pobres y que, por tanto, tenga hambre y sed de justicia (cf. Mt 5,6) y luche, eficaz y evangélicamente, por la justicia, aunque sea -¡que lo será!- perseguida por ello (cf. Mt 5,10-12).

Pero la fuerza para ese testimonio que hace presente en un mundo injusto la "memoria peligrosa" de lo que fue y es el proyecto de Jesús, no lo podrá sacar la Iglesia de sí misma, sino de lo que antes he denominado la experiencia fundamental de la gratuidad del amor del Padre que se hizo palpable en Jesús de Nazaret. Por eso una Iglesia que responde a lo que Jesús quería, debe ser una Iglesia orante.

El Espíritu de oración:

Jesús fue un hombre de oración profunda y nada alienante. Mc lo presenta orando cuando expone, programáticamente, el primer día de su actuación (cf. 1,35 en el marco de 1,20-38). Pero es sobre todo Lucas el que destaca este aspecto característico de Jesús (35). No sólo señala que Jesús solía retirarse a orar (cf. Lc 5,16), y que reza antes de actuaciones fundamentales (cf. 6,12; 9,18.28-29; 22,32.41 etc.), sino que la oración enmarca toda su actuación, desde el bautismo (cf 3,21) hasta la cruz (cf. 23,34.46).

Pero, además, Jesús recomendó, con insistencia, a sus discípulos la oración (cf. Lc 11,9-13/Mt 7,7-11) y les enseñó a orar (cf. Mt 6,5-15). Es también Lc el que tiene interés en mostrar cómo la oración específica del cristianismo -el Padre nuestro (Mt 6,9-3/ Lc 11,2-4)- brota de la oración de Jesús (cf. Lc 11,1). Es desde la experiencia del amor gratuito de Dios como Padre (como dice 1 Jn 4,10: "El nos amó primero"), hecho palpable, de modo único, en Jesús de Nazaret, tanto en su unión íntima con el Padre (cf. Jn 17 en el marco de todo el evangelio), como en su entrega a los hombres (cf Jn 15,13), de donde brota la oración de Jesús y la oración del cristiano, como explica muy bien Pablo en Rm 8,14-17. Pero esa experiencia le lleva al cristiano a pedir, como indica el Padrenuestro, lo que es, al máximo, la voluntad de Dios: el Reinado de Dios en la tierra (en el marco de lo que eso significaba en el A.T. y para Jesús).

Por eso la oración de una Iglesia que quiere ser fiel a lo que Jesús quiso, no puede ser nunca alienante o espiritualista, pues apunta a la realización del Reino, que, aunque sea un don de Dios, pide de los seguidores de Jesús que pongan, en el mundo, aquellos signos del Reino que Jesús puso. Y como esto va a provocar la oposición del mundo y ante la amenaza de la cruz es fácil caer en la tentación, por eso Jesús insiste tanto

a sus discípulos que velen y oren para no caer en la tentación (cf. Mc 14,38). Por eso un criterio de discernimiento fundamental para ver si una oración merece el nombre de cristiana, es que sea auténticamente promotora del Reino en el sentido que lo anunció Jesús, es decir, denunciando la injusticia y anunciando el mundo nuevo, cuya semilla Dios ha plantado ya en el mundo (cf. Mc 4,3-9.26-29.30-32). El autor de la Primera carta de Juan lo formula muy bien cuando escribe: "En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó y nos envió a su Hijo como propiciación por nuestros pecados. Queridos, si Dios nos amó de esta manera, también nosotros debemos amarnos unos a otros" (4,11). Pues como ha indicado poco antes "en esto hemos conocido lo que es amor: en que él (Jesús) dio su vida por nosotros. También nosotros debemos dar la vida por los hermanos. Si alguno que posee bienes de la tierra ve a su hermano padecer necesidad y le cierra su corazón, ¿cómo puede permanecer en él el amor de Dios? Hijos míos, no amemos de palabra ni de boca, sino con obras y según la verdad" (3,16-18).

Renuncia a todo tipo de estructura de dominación:

Esta debería ser otra característica específica de toda Iglesia que quiera ser fiel a lo que Jesús quiso. Pues así actuó Jesús y así quiso que actuaran sus seguidores.

Jesús creyó sólo en la fuerza del Amor, porque sólo creyó en Dios. Y Dios es Amor (cf. 1 Jn 4,8). Pero para que no manipuláramos lo que significa el amor de Dios, Jesús quiso dejar bien claro cuál es el talante de Dios en sus relaciones con los hombres. Pues no sólo va a buscar la oveja perdida, simplemente porque está perdida (cf. Lc 15,4-7/mt 18,12-14), sino que, además, es tan respetuoso de la libertad de los hombres, que tiene las manos atadas cuando ve que van a extraviarse o equivocarse. Porque confía en que, a la larga, la experiencia del amor sin límites del Padre, será capaz de transformarlos por dentro y hacerles regresar a la casa del Padre. Esto

es lo que aparece muy claramente en la parábola del Hijo pródigo (cf. Lc 15,11-32). Por eso no utiliza la violencia o el poder para impedir que el hijo se vaya de casa o para que regrese a casa. Por eso también Jesús no sucumbió nunca a la tentación del poder (cf. Mt 4,1-11/ Lc 4,1-13) y se lo enseñó así a sus discípulos.

¿Qué implica eso para una Iglesia que quiera ser fiel a lo que Jesús quería? La respuesta la encontramos en los evangelios. En primer lugar es inherente al proyecto de Jesús el que las estructuras que surjan en su Iglesia sean **estructuras fraternales** y no paternalistas o patriarcales. Eso lo ha recogido muy bien Mateo en su evangelio que, con razón, ha sido denominado el evangelio eclesial. Pues consciente de los peligros que ya en su tiempo empiezan a amenazar a los que gozan de una cierta autoridad en la Iglesia, empieza lo que ha sido denominado el sermón "eclesial" de Jesús (Mt 18), diciendo que el mayor en el Reino de los cielos es aquel que se haga pequeño como un niño (cf. 18,1-4) (36). Pero es, sobre todo, en el capítulo en el cual Jesús fustiga la manera cómo funcionan los escribas y fariseos, contraponiéndola al estilo que debe ser propio de los seguidores de Jesús (cf. Mt 23), donde podemos ver más claramente cómo quería Jesús que fuese una comunidad (una Iglesia) que mereciera llevar su nombre. Pues en Mt 23,8-12 leemos: "Vosotros, en cambio, no os dejéis llamar 'Rabbi', porque uno solo es vuestro Maestro; y vosotros sois todos hermanos. Ni llaméis a nadie 'Padre' vuestro en la tierra, porque uno solo es vuestro Padre: el del cielo. Ni tampoco os dejéis llamar 'Directores', porque uno solo es vuestro Director: el Cristo. El mayor entre vosotros será vuestro servidor. Pues el que se ensalce, será humillado; y el que se humille, será ensalzado". Queda bien claro en este texto que, según la voluntad de Jesús, **todos** en la Iglesia debemos ser **hermanos** y que, por tanto, no debe haber estructuras que puedan ser consideradas como patriarcales ni títulos que coloquen por encima de la comunidad o usurpen el papel de Dios o de Jesús. Por eso Mc 10,28-31 (par Mt 19,

23-28; Lc 18,28-30), al recordar la nueva familia (la Iglesia) que Jesús ha prometido a los que hayan "dejado casa, hermanos, hermanas, madre, padre, hijos o hacienda por mí y por el Evangelio" (10,29), se preocupa muy mucho de notar que lo que recibirán serán "casas, hermanos, hermanas, madres, hijos y hacienda, con persecuciones" (10,30), pero a ningún padre. Y en la misma línea de crítica a determinadas prácticas que empiezan a surgir entre los que se consideran "mayores" en la Iglesia (no es casual que estas desviaciones empiecen a surgir precisamente en una comunidad en la que hay un grupo importante de judeocristianos que fácilmente podían caer en la tentación de recuperar ciertas estructuras del judaísmo), hay que leer las críticas de Jesús a los que se quieren distinguir con determinados distintivos y buscan los primeros puestos en los banquetes y en las sinagogas o ser saludados por la gente con títulos (cf. Mt 23,3-7). En el fondo, todo el cap. 23 de Mt debería ser un vademécum y un examen de conciencia continuo para todo el que cree que tiene un cargo de responsabilidad en la Iglesia de Jesús.

En este sentido, no nos puede ya sorprender que todos los evangelios tengan tanto interés en subrayar que en una Iglesia que quiere ser fiel a lo que Jesús quería, no puede haber ninguna estructura de dominación. Sobre todo hay un texto que es muy claro en esta línea y que recogen los tres sinópticos (cf. Mc 10,41-45; Mt 20,24-28; Lc 22,24-27; en Jn 13,12-17 se encuentra un motivo paralelo). Mc es el que tiene más interés en subrayar la dificultad que tuvieron los mismos discípulos de Jesús por comprender el estilo y la lógica del proyecto de Jesús, seguramente porque quiere corregir determinadas desviaciones que empiezan a surgir ya en su comunidad (37). Y no es casual que sitúa la incompreensión de los discípulos después de cada uno de los anuncios que hace Jesús de su pasión (cf. 8,31-33; 9,31-34; 10,32-41), lo cual da pie a Jesús para explicar cuál debe ser el estilo de los que, después de Pascua, forman su comunidad (cf. 8,34-38;

9,35-37; 10,42-45). Precisamente en este último texto es donde queda más claro cómo quiere Jesús que se configure su Iglesia: "Sabéis que los que son tenidos como jefes de las naciones, las dominan como señores absolutos y sus grandes las oprimen con su poder. Pero no ha de ser así entre vosotros, sino que el que quiera llegar a ser grande entre vosotros, será vuestro servidor, y el que quiera ser el primero entre vosotros, será esclavo de todos, que tampoco el Hijo del hombre ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida como rescate por muchos" (Mc 10,42-45). Está claro, pues que, como nota muy bien Jn, en la comunidad de Jesús no puede haber ningún tipo de estructura de dominación, sino sólo un primado del amor (cf. 21,15-17) y del servicio (cf. 21, 12-17), un primado que, normalmente, lleva a la cruz (cf. 21,18-19), como le ocurrió a Pedro cuando aprendió a amar como le(s) había amado Jesús.

Esa es precisamente una de las cosas que mejor entendió Pablo, como buen discípulo de Jesús que fue. Pues cuando describe lo que es como la quintaesencia del talante cristiano -me refiero, evidentemente, al amor-, lo caracteriza de esta manera: "El amor es paciente, es servicial; el amor no es envidioso, no es jactancioso, no se engríe; no busca su interés; no se irrita; no toma en cuenta el mal; no se alegra de la injusticia; se alegra con la verdad. Todo lo excusa. Todo lo cree. Todo lo espera. Todo lo soporta" (1 Co 13,4-7). Pero a un amor de este tipo, no se le ahorra la cruz en un mundo injusto. Y es ese tipo de amor -y no un tipo de poder que le hubiera llevado a escapar de la muerte, como pretenden sus adversarios- el que llevó a Jesús, en un mundo en el que los hombres crucificamos a tantas personas, a permanecer en la cruz (cf. Mc 15,29-32). Y es la participación en este tipo de amor la que hace exclamar a Pablo: "Por eso me complazco en mis flaquezas, en las injurias, en las necesidades, en las persecuciones y angustias sufridas por Cristo; pues, cuando estoy débil, entonces es cuando soy fuerte" (2 Co 12,10). Es el amor que lleva a vivir

totalmente para los demás, hasta dar la vida por ellos.

En segundo lugar implica, también, que **toda la comunidad es** y se siente **corresponsable** de la marcha y organización de la Iglesia, como pudimos constatar al echar una mirada sobre las Iglesias paulinas. En una Iglesia que sea fiel al Espíritu de Jesús habrá una pluralidad de dones o carismas, íntimamente relacionados entre sí, como los miembros de un solo cuerpo (cf. 1 Co 12), de modo que no haya en ella ningún tipo de marginación por sexo, raza, privilegios religiosos o procedencia social (cf. Gál 3,26-29). En ella se procurará respetar la libertad del otro, procurando convencerle, en caso de que se crea que esté equivocado, con argumentos y con amor, como lo hizo Jesús con sus adversarios. Y si necesita un miembro de corrección -Jesús no fue tan ingenuo como para creer que sus seguidores seríamos perfectos y no originaríamos conflictos en las comunidades-, hay que procurar ayudarlo, hablando primero a solas con él. Y si no hace caso, hay que intentar, entonces, abrirle los ojos a la verdad, con ayuda de uno o dos hermanos. Sólo si tampoco entonces hace caso, hay que acudir, según Mt (cf. 18,15-17), a lo que para él, que toma en serio las palabras de Jesús, es la instancia última y la autoridad máxima en una comunidad: la propia comunidad (!) a la que se le promete (38) "yo os lo aseguro: todo lo que atéis en la tierra quedará atado en el cielo, y todo lo que desatéis en la tierra quedará desatado en el cielo", una promesa que Pedro también ha recibido en Mt 16,19, porque es en la piedra de su fe cristológica (cf. Mt 16,16-18) donde se ha de basar toda comunidad que quiera ser fiel a lo que Jesús quería.

Pero, incluso en este caso de máximo conflicto, Mt está convencido de que Jesús no quería que la comunidad fuera fácil en juzgar y condenar al hermano. Pues el juicio y exclusión del hermano pertenece, propiamente a Dios. Pues en Mt 7,1-2 advierte Jesús: "No juzguéis, para que no seáis juzgados. Porque con el juicio con que juzguéis seréis juzgados, y con la medida con que midáis se os medirá" (cf. 7,3-5). Y en la parábola de

la cizaña ha advertido que hay que dejar el juicio al Hijo del hombre (cf. Mt 13,24-30.36-43), no sea que queriendo arrancar la cizaña, arranquemos también el trigo (cf. 13, 28-29). Por eso, también, sitúa las palabras de Jesús sobre la corrección del hermano en el marco de la parábola de la oveja perdida (cf. Mt 18,12-14) y de la oración que lo puede todo (aquí será la conversión del hermano: cf. 18, 19-20, en su contexto). Por eso la fe de Jesús en el Amor -y sólo en el Amor- implica, en tercer lugar, que la Iglesia que Jesús quería se caracterice por su **capacidad de perdonar**, no sólo siete veces, sino setenta veces siete, es decir, siempre, como le indica Jesús a Pedro en Mt 18,21-22. Lo cual sólo es posible, si los que perdonan en la Iglesia, se saben ellos mismos gratuitamente perdonados (cf. Mt 18,23-35).

Si Jesús quería una Iglesia que fuese signo de que se cree sólo en el Amor, eso implica también, en cuarto lugar, que la Iglesia ha de **renunciar a la riqueza** en un mundo injusto. Jesús habló muy claramente en este sentido (cf. Mc 10,21-27; Lc 9,57-58). Esto implica para la Iglesia una cierta humildad de medios, para que pueda estar al lado y del lado de los pobres y sea para ellos una "buena noticia". Pues sólo así será capaz de denunciar la injusticia y será un signo eficaz en el mundo del proyecto alternativo de Dios. Transformar así el mundo puede parecer imposible a los hombres, que no acaban de confiar en la fuerza transformadora del Amor. Pero no es imposible para Dios, "porque todo es posible para Dios" (39). Por eso Lucas, cuando en Hch quiere poner ante los ojos de los cristianos, lo que es una comunidad ideal, destaca, de modo particular, que la Iglesia que Jesús quería se debe caracterizar por la capacidad de compartir y por la comunidad de bienes (cf. Hch 2,44 y 4,34-35), hasta el punto de que no había en ella ningún necesitado, como signo del proyecto de Dios para el mundo. Pero a la vez señala también, como advertencia para su Iglesia y las de todos los tiempos, que el pecado original de la comunidad cristiana fue el querer compartir sólo a medias (cf. Hch 5,1-11).

Una quinta característica, aparentemente utópica, de la comunidad cristiana que Jesús quería (y, por tanto, de la Iglesia) es la **renuncia a todo tipo de violencia**. Ello no significa pasividad ante la injusticia, ni mucho menos resignación, pensando que los males de este mundo ya quedarán compensados en la otra vida, sino más bien procurar vencer el mal con una bondad avasalladora (así lo interpretó Pablo en Rm 12,14-21). En este sentido hay que interpretar textos como Mt 5,38-42/Lc 6,29-30 (40). En la misma línea podemos interpretar también la recomendación de Jesús a los misioneros cristianos de que no lleven sandalias (que podían ser utilizadas para la huida) ni bastón (que podía ser utilizado para la defensa). Pues con ello serán signo claro para los hombres de la "vida otra" que se ha hecho posible en el mundo con la venida de Jesús.

Todo ello significa, en sexto lugar, que Jesús invita a sus seguidores a superar lo que **N. Lohfink** ha denominado la "tentación davídica" de la Iglesia (41), tentación en la que cayó el pueblo de Israel al instaurar la monarquía y que fue denunciada como tal por los profetas (cf. 1 Sam 8, Jue 9,7-15; etc.) y que lleva a creer, falsamente, por no saber leer la lección que el A.T. saca de la historia del pueblo de Israel, que las estructuras monárquicas responden más al proyecto y voluntad de Jesús y son más eficaces de cara a la realización del Reinado de Dios, que las democráticas u otro tipo de estructura. En este sentido es bueno, también, que subrayemos aquí que cuando decía que la Iglesia de Jesús debería significarse por encarnar sus valores alternativos en un mundo injusto y, ser, en cierto sentido, una sociedad alternativa por cuanto vive estos valores comunitariamente, no quería decir con ello que debe aspirar a ser lo que se ha denominado una "sociedad perfecta" o un estado paralelo que hace la competencia a otros estados en sentido político. Pues esto sería, una vez más, caer en la tentación davídica de la Iglesia que tantos males trajo a la Iglesia y al cristianismo, en general, en siglos pasados.

El fracaso de la configuración monárquica del pueblo de Dios del A.T. quiere ser una invitación continua a la reflexión a la hora de configurar las estructuras de una Iglesia que quiere ser fiel a lo que Jesús quería.

Una octava característica de una Iglesia que responda a lo que Jesús quería -y así aparece en las Iglesias que encontramos en los escritos del N.T. (42)- es la **renuncia al monolitismo y al centralismo**, que lleva consigo el peligro de querer implantar la uniformidad en las Iglesias cristianas. Pero precisamente por esto mismo, debe ser una Iglesia que esté apasionada por la unidad, cumpliendo así el testamento de Jesús quien, previendo las dificultades que surgirían en el tiempo del Espíritu, rezó para que las comunidades se caracterizaran por la unidad (cf. Jn 17, 11.20-23). Por eso, cuando se toma en serio lo que acabo de decir sobre la Iglesia que Jesús quería, adquiere todo su valor el que en la Iglesia haya un Papa que sea signo de la unidad que Jesús quería y de la manera cómo Jesús la quería, si no cae en la tentación de convertir su signo en estructura de dominación.

Finalmente, quisiera destacar una característica que me parece fundamental para una Iglesia que brote de la experiencia del amor fundante de Jesús y que sólo es comprensible y aceptable para aquellos que, como Jesús (cf. Mc 9,23), se signifiquen por poseer una fe profunda. Me refiero a que una Iglesia que quiera ser fiel a lo que Jesús quería, debería estar formada por hombres y mujeres que se caracterizan por ser **hombres y mujeres de ESPERANZA**. De una esperanza incombustible y contagiosa que es capaz de esperar en Dios, incluso cuando hay razones para pensar, humanamente, que no hay ninguna esperanza. Una esperanza como la que viven tantos pobres y humillados de la tierra que confían en Dios, como Jesús, y que saben, como María, que Dios "derribó a los potentados de sus tronos y exaltó a los humildes. A los hambrientos colmó de bienes y despidió a los ricos sin nada" (Lc 1, 52-53).

Por ello, una Iglesia que quiera ser fiel a lo que

Jesús quería, ha de tomarse en serio la Palabra y la lógica de Jesús y confiar en ella, más que en la lógica humana, por muy "lógica" que sea.

Con ello, evidentemente, no quiero decir que la Iglesia de Jesús ha de ser una Iglesia elitista o particularista, sino todo lo contrario. Pero lo que Jesús sí quería era que en todas partes surjan y vayan creciendo comunidades de **discípulos** de su vida y proyecto (cf. Mt 28,16-20). Unas comunidades que están marcadas por la vida y la praxis de Jesús de Nazaret y en las cuales se pueda vivir -por don de Dios-, en contraste con un mundo profundamente injusto, la praxis liberadora del Reino de Dios que, con Jesús, se ha hecho ya presente entre nosotros. Se trata, pues, de unas comunidades en las que se viva el orden social del verdadero Israel, en fidelidad radical a Jesús de Nazaret, muerto por nosotros y resucitado por Dios para nuestra salvación. Pues desde que Jesús resucitó de entre los muertos sabemos que Dios le dió la razón y que el que vive una vida como la de Jesús, tiene una **vida** que no puede morir jamás (cf. Jn 11,25-26).

A modo de conclusión:

Pero, ¿es posible que la Iglesia pueda ser como la acabo de dibujar? Si tuviéramos que apoyarnos sólo en la "lógica humana" creo que tendríamos que responder que no. Pero Dios mismo, en Jesús de Nazaret, se ha comprometido definitivamente en este proyecto. ¿Por qué no nos lo creemos? ¿Por qué no confiamos en la fidelidad del amor gratuito de Dios y en la fuerza de su Espíritu, capaz de resucitar a los muertos? Dos mil años de historia cristiana podrían habernos enseñado algo sobre cuáles son las tentaciones fundamentales de la Iglesia. Según **P. Berger** y **Th. Luckmann** hay tres maneras de liquidar aquellos movimientos que, como el de Jesús, critican radicalmente y ponen en peligro a las realidades dominantes (los poderes fácticos de nuestra sociedad). La primera es destruyéndolos por medio de la persecución

(pero con el cristianismo, este medio no ha dado mucho resultado...). La segunda es integrándolos (hacer una especie de religión **"light"**). Y esto ya es un peligro más serio para la Iglesia. La tercera es segregándolos, marginándolos (lograr que se conviertan en secta: y esto me parece un peligro serio, si sigue la actual involución en la Iglesia católica).

Pero nosotros seguimos confiando en que la fuerza del Espíritu de Jesús, presente en la Iglesia, seguirá llevando a ésta hacia el Reino. Es un hecho que la figura de Jesús nos ha llegado al corazón, pues vivió radicalmente para los demás, hasta dar su vida, sin amargarse ni arrugarse, por nosotros. Es la experiencia del Jesús que "me amó y se entregó por mí" (Gál 2,20), la que dió fuerzas a mártires como Mons. Romero o las cuatro monjas norteamericanas asesinadas en El Salvador y a tantos otros, muchos de ellos anónimos, para tomarse en serio el proyecto de Jesús. ¿Y nosotros? En todo caso sabemos que estamos llamados a compartir un gran proyecto: el de Jesús de Nazaret. Por eso nos atrevemos a cantar en nuestras comunidades: "Juntos para soñar nuevas inmensidades, juntos para marcar ritmos de nuevo amor".

Notas:

1. **L'évangile et l'Eglise**, 1902, p. 111.
2. Pero se han hecho ya notables progresos en este campo. Cf. P.M. BEAUDE, **Jesús de Nazaret**. Estella 1988.

3. Para el desarrollo del tema me he inspirado fundamentalmente en la obra de G. LOHFINK, **La Iglesia que Jesús quería**. Bilbao 1986 (la traducción literal del título alemán sería: ¿Cómo quiso Jesús la comunidad?)
- 3a. Cfr. G. FAUREZ, **Penser des Eglises Chrétiennes aujourd'hui?** La Foi et le Temps 98(1988)295.
4. Cf. G. LOHFINK, **Diáconos femeninos en el Nuevo Testamento**, Sel. Teol. 21 (1982) 303-310, donde trata también del papel de la mujer en la Iglesia primitiva.
5. F. MONTAGNINI, **La Iglesia primitiva: experiencia espiritual e interpretación teológica**, en: R. FABRIS (ed.), **Problemas y perspectivas de las Ciencias Bíblicas**. Salamanca 1983, p. 415.
6. Sobre la evolución de la tradición paulina y la importancia que las Cartas Pastorales dan a la estructura eclesial, puede verse R.E. BROWN, **Las Iglesias que los apóstoles nos dejaron**. Bilbao 1986, pp. 31-45. Pero por lo que se refiere a la normatividad de las Pastorales en lo que se refiere a las estructuras eclesiales, conviene tener presente lo que dice G. LOHFINK en **La normatividad de las concepciones del ministerio en las cartas pastorales**, Sel. Teol. 17(1978) 287-294.
7. Las cartas auténticas de Pablo son 1 Te, 1 y 2 Co, Flp, Gál, Rm y Fm (cf. E. LOHSE, **Introducción al N.T.** Madrid 1986, pp. 61-91.
8. Sobre el significado de la palabra episkopos y sobre su función en el N.T., cf. R.E.BROWN, **Episkopé y episkopos: ¿qué dice el Nuevo Testamento?**, Sel. Teol. 21(1982) 244-256.
9. Contra lo que vamos a exponer a continuación no se puede objetar que las cartas de Pablo son sólo escritos ocasionales y que, por este motivo, no aparecen en ellas las estructuras eclesiales que serían una realidad evidente para la comunidad. Pues algunos escritos son lo suficientemente largos y, sobre todo, se enfrentan con problemas eclesiales demasiado serios, como para que Pablo, de haberse dado una estructura jerárquica, en sentido moderno, en las comunidades y de haber sido considerado como algo esencial a la Iglesia, no hubiese mencionado y tratado claramente este aspecto.

10. Sobre la actitud de Pablo frente a la mujer, vale la pena leer el artículo de A.M. DUBARLE, **Pablo y el antifeminismo**, Sel. Teol. 17(1978) 87-96. Con razón nota D. que el famoso texto de 1 Co 14, 34-35, según el cual las mujeres deben callar en la Iglesia, no sólo no es de Pablo, sino que, además, es una interpolación posterior (cf. Ibid. 91-92), que no era conocido aún en la época de la controversia montanista.
11. Pero cf. lo que he dicho **supra** n. 6.
12. Lucas, que no fue testigo ocular del encuentro, presenta una visión más irenista del concilio, en la cual mezcla lo que históricamente ocurrió (y que queda reflejado en Gál 2,1-11), con la evolución posconciliar que se dio cuando Pedro había abandonado ya Jerusalén, una evolución que dio lugar al incidente de Antioquía que narra Gál 2,11-14. Pues la intervención de Santiago que encontramos en Hch 15,13ss y la carta de Hch 15,23-25, no refleja la situación histórica del encuentro de Jerusalén, sino una situación bastante posterior, como puede verse por el hecho de que Santiago parece informar por primera vez en Hch 21,17-25 a Pablo, de que ha escrito una carta a los gentiles que se convierten, indicándoles que deben "abstenerse de los sacrificios a los ídolos, de la sangre, de animal estrangulado y de la impureza" (luego el concilio no había tomado aún esta decisión, que es, por tanto, posconciliar y en contra del espíritu del Concilio, en la interpretación de Pablo).
13. Ojalá también hoy, ante la actual involución posconciliar, tuviéramos en la Iglesia más Pablos, cardenales Arns o Monseñores Casaldáligas que, con libertad evangélica se atrevieran a defender el Espíritu del Vaticano II.
14. Cf. LOHSE l.c. 84-86
15. Así lo interpretan hoy, con razón, los especialistas que han investigado seriamente y sin prejuicios el tema. Pero el hecho les pareció a algunos tan imposible, que a partir de la Edad Media algunos se empeñaron en convertir a Junia en hombre... Cf. LOHFINK Diáconos 306-308 (véase también lo que dice sobre el papel de Febe ibid. 305-306). Sobre el papel de la mujer en el cristianismo primitivo, cf. LOHFINK Iglesia 106-109.

16. No me detendré en este aspecto, pues ya lo desarrollará J.O. TUÑI, a propósito del libro de R.E.BROWN, *Las Iglesias que los Apóstoles nos dejaron*.
17. "La teología crítica ha preguntado, desde hace bastante tiempo y con insistencia, si el Jesús histórico fundó realmente una Iglesia. Y se llega una y otra vez a la conclusión de que la pregunta está mal planteada. Lo diremos con palabras rotundas: Jesús no podía fundar una iglesia, pues ésta existía ya mucho antes de que Jesús apareciera en Palestina. Esa iglesia era el pueblo de Dios, Israel. Jesús, se dirige a Israel. Quiere reunirlo ante la inmediata irrupción del Reino de Dios, y hacerlo verdadero pueblo de Dios. Lo que llamamos iglesia no es sino la comunidad de aquellos que están dispuestos a vivir en el pueblo de Dios congregado por Jesús y santificado por su muerte" (LOHFINK Iglesia 7).
18. Intentan resolverlo a partir del mismo A.T., mostrando que es culpa del propio Israel -no fallo de la fidelidad de Dios a sus promesas-, anunciada ya en los profetas. Por eso acuden a citas como la de Is 6,9-10, que encontramos en textos como Mc 4,11-12; Mt 13, 10-17; Lc 8,9-10; Jn 12,40; Hch 28,26-27. Sobre todo es interesante la reflexión teológica que Pablo realiza en Rm 9-11.
19. Cf. LOHFINK Iglesia 19-22.
20. Cf. MONTAGNINI l.c. 417.
21. l.c. 417, quien añade: "Esto ayuda a comprender cuál es la idea de autoridad en todo el Nuevo Testamento y cómo, para designarla, no se recurre casi nunca a términos que indican el poder jerárquico, como **leitourgia**, **timé**, **arché**, sino que se prefiere el concepto de **diakonia**, que indica más bien el ministerio sagrado" (ibid. 417-418).
22. Cf. G. THEISSEN, **Radicalismo itinerante**, en: **Estudios de sociología del movimiento de Jesús**. Salamanca pp. 13-40.
23. Cf. LOHFINK, Iglesia 50. Sobre la sentencia de Jesús sobre el divorcio: cfr. id., **Ahora entiendo la Biblia**. Madrid 1982, 201-218.
24. No me extenderé en este aspecto de la comunidad juánica, pues ya lo tratará J.O.TUÑI.

25. Y estos "últimos días" ya se han hecho realidad en Pentecostés, pues Pedro está interpretando el fenómeno que acaba de ocurrir en Pentecostés. Sobre esa acción igualadora del Espíritu, cf. LOHFINK Iglesia 98-109.
26. Cf. C. BRAVO, **Jesús, hombre en conflicto**. Santander 1986, pp. 257-272.
27. Es muy sugerente, en este sentido, la obra de E. KAESEMANN, **La llamada de la libertad**. Salamanca 1974.
28. Iglesia 38.
29. J. JEREMIAS ha destacado particularmente este aspecto. Cf. Abba. **El mensaje central del Nuevo Testamento**. Salamanca 1983.
30. Cf. **La lógica de Jesús**. Romanos 5, Sel. Teol. 21(1982) 130-132.
31. Cf. C. BOFF, **La ilusión de una nueva cristiandad**, Sel. Teol. 19 (1980) 111.
32. Cf. X. ALEGRE, **Universalisme i elecció en la perspectiva del Déu de la gràcia**, Associació Bíblica de Catalunya, Butlletí nn. 13-14(1980) 4-12.
33. Iglesia 93.
34. Que el añadido de Mt a la bienaventuranza de los pobres ("en espíritu") no debe ser entendido espiritualistamente, lo muestra F. CAMACHO en **La proclama del Reino**. Madrid 1987, pp. 107-123.
35. Cf. X. LEON-DUFOUR, en A. GEORGE y P. GRELOT, **Introducción crítica al N.T.** Barcelona 1982, Vol. I, pp. 346-348.
36. Nótese que no dice que se haga infantil o que convierta en infantil a los demás. Sobre la importancia de que la comunidad esté estructurada fraternalmente y no patriarcal o autoritariamente, cf. S. LEGASSE, **El evangelio según Mateo**, en: Y. DELORME (ed.), **El ministerio y los ministerios en el N.T.** Madrid 1975, 184-187.
37. Cf. X. ALEGRE, **Un silenci eloqüent: o la paradoxa del final de Marc**. Barcelona 1984, pp. 29-31. Sobre el papel de las estructuras y ministerios eclesiales en Mc ver el interesante art. de DELORME. **El evangelio según Marcos**, en id.(ed) **El ministerio y los ministerios en el N.T.** Madrid 1975, pp. 148-171.

38. Los discípulos a los que se dirige el cap. 18 de Mt no son sólo los Apóstoles, sino todos los seguidores de Jesús.
39. Cf. Mc 10,27. El texto se refiere propiamente a la imposibilidad de que los ricos se salven. Pero en buena lógica jesuánica, se puede aplicar también a la posibilidad de realizar el proyecto de Jesús en el mundo, sin basarse en la riqueza.
40. Cf. LOHFINK Iglesia 60-66.
41. Cf. **La tentación davídica de la Iglesia**, Sel. Teol. 42(1978) 80-84.
42. No me detengo en este punto por lo que he indicado en la n. 16.